

en aquella parte del bosque. Juzgó que seria bueno despertar á sus hermanos para escarmentar á sus audaces vecinos; pero considerando los gestos de los que andaban al rededor de la hoguera, mudó de opinion, y aunque algo incrédulo en estas materias, tuvo que convenir en que aquello era un fenómeno sobrenatural.

— Hombres ó almas, dijo el intrépido jóven, y sea cual fuere la tarea en que los veo ocupados, iré á pedirles lumbre para encender la fragua; y una vez tomada esta resolucion, no juzgó necesario despertar á sus hermanos. Creiase generalmente que era menester ser solo para salir bien librado de las aventuras como la que iba á emprender; temia tambien que la escrupulosa timidez de sus hermanos no se opusiese á la ejecucion de su proyecto. Tomó pues una larga estaca que tenian colgada en la pared para alejar los osos, y partió solo, resuelto á examinar que venia á ser aquello.

Del mismo modo que su hermano Jorge, pero con ánimo mas decidido, Martin atravesó el arroyo, subió á la colina, y se acercó tanto á aquella extraordinaria asamblea, que reconoció al instante en su presidente todos los atributos del demonio de Hartz. Estremeciósse por la primera vez de su vida, pero tuvo presente que habia deseado con frecuencia la

ocasion que se le ofrecia. Esta idea reanimó su valor, y su amor propio sostuvo la resolucion de que ya empezaba á desistir. Avanzó pues ácia la hoguera con bastante firmeza, notando que á medida que se acercaba los seres que habia en torno tomaban una figura mas estraña, fantástica y sobrenatural. Recibiéronle con grandes carcajadas, cuyos sonidos agudos y desentonados causáron mas impresion en sus oidos que la combinacion de todos los acentos mas fúnebres y melancólicos que pudiera imaginarse.

— ¿Quien eres tú? le preguntó el gigante, procurando imprimir en sus asquerosas facciones cierta gravedad forzada que desconcertaba frecuentemente, como á pesar suyo, una accesion de risa sardónica.

— Martin Waldeck, el carbonero, respondió el atrevido jóven. Y vos, ¿quien sois?

— El dueño de las montañas y de las minas. ¿Y como has osado venir aquí á perturbar mis misterios?

— Vengo solamente á buscar lumbre para encender mi fragua.... Y preguntóle á su vez con osadía: — ¿Y cuales son los misterios que celebráis aquí?

— Celebramos, respondió el demonio complaciente, la boda de Hermes con el dragon negro. Pero toma la lumbre que vienes á bus-

car, y vete. Ningun mortal puede vernos mucho tiempo sin perder la vida.

Martin clavó la punta de su estaca en un tizon bien encendido, y habiendole levantado no con poco trabajo, tomó el camino de su cabaña en medio de las carcajadas que se oyéron tres veces y cada una con mayor violencia, de modo que resonáron por todo el valle. Luego que llegó, su primera diligencia, á pesar de tener muy ocupado su entendimiento con lo que acababa de ver, fué colocar el tizon encendido en medio de la leña seca que tenia en su fragua; pero sin embargo de todos sus esfuerzos, y á pesar de un excelente fuelle de herrero, el tizon se apagó sin haber encendido ni una sola pajuela. Volvióse, y vió que la hoguera brillaba todavía en la colina, sin embargo de haberla abandonado al parecer las figuras que bailaban en torno. Imaginando entónces que el demonio habia querido jugarle aquella treta, entregóse á su audacia natural; y decidido á seguir el hilo de aquella aventura, volvió á la colina, y tomó otro tizon encendido, sin experimentar resistencia alguna, pero no fué mas feliz que la primera vez para encender la fragua. La impunidad aumentando en él la osadía, resolvió hacer tercera tentativa, y logró aun llegar á la colina á tiempo de tomar otro tronco encendido;

pero cuando se iba, oyó la misma voz que le habia hablado ya pronunciando las siguientes palabras: — ¡Ay de tí! si vuelves la cuarta vez.

Habiendo sido inútiles todos los esfuerzos que nuevamente hizo para encender la fragua, desistió de su empresa, y echandose en su cama de hojas, resolvió aguardar el dia para referir á sus hermanos cuanto le habia sucedido. La fatiga del cuerpo y la agitacion del espíritu contribuyéron á que se durmiese pronto, y solo le despertáron unos gritos extraordinarios de alegría y de sorpresa. Sus hermanos, al levantarse, admirados de encontrar apagado el fuego, sacáron la leña de la fragua para arreglarla mejor y encenderla mas fácilmente; pero ¡cual fué su admiracion al encontrar en medio tres enormes barras de metal! Como todos los habitantes de aquel canton son muy prácticos en mineralogía, conociéron al momento que era oro el mas puro.

Calmáronse un poco sus transportes cuando Martin les hubo enterado del modo como poseian aquel tesoro, pues lo que ellos mismos habian visto no les permitia dudar de la verdad de aquella aventura; pero no pudieron resistir á la tentacion de tomar parte en la buena fortuna de su hermano. Consideran-

dose entónces gefe de la familia, Martin Waldeck compró tierras y bosques, mandó edificar un castillo, obtuvo títulos de nobleza, y fué revestido de los mismos privilegios de que disfrutaban los mas nobles barones de las inmediaciones, con sumo disgusto de estos. Su valor, tanto en la guerra como en las contiendas particulares que tuvo que sostener, le puso á cubierto de los tiros de la envidia á que le espusiéron su repentina elevacion y sus arrogantes pretensiones. Pero Martin Waldeck ofreció prontamente un nuevo ejemplo para probar cuan lejos estan los hombres de poder prever la influencia que ejercerá en ellos una inesperada prosperidad. Sus malas inclinaciones constreñidas por su pobreza se desarrolláron; la tentacion y los medios de ceder á ella las condujéron por el camino de la perdicion. Una pasion despertó á otra, la furia de la avaricia escitó la del orgullo, y esta llamó en su auxilio la opresion y la crueldad.

El genio de Martin Waldeck, siempre audaz y emprendedor, pero hecho mas duro é insolente por la prosperidad, no tardó mucho en atraerse el odio, no solo de la nobleza, sino tambien de las clases inferiores, que miraban con doble indignacion ejercidos sin remordimientos y con todo rigor por un hombre salido del polvo de la tierra, los derechos mas

opresivos del feudalismo. Su aventura, que procuraba con mucho cuidado no dejar traslucir, empezaba ya á ser conocida; y el clero trataba ya de brujo y de cómplice de los demonios al miserable que, habiendo obtenido un tesoro casi inagotable por tan extraordinarios medios, no habia consagrado una parte á la Iglesia para santificar el resto. Rodeado de enemigos públicos y privados, en contiendas continuas con todos sus vecinos, y amenazado de escomunion, Martin, ó por mejor decir el baron Von Waldeck, como le llamaban entónces, hubiera preferido mas de una vez los trabajos y los placeres de una pobreza que no despertaba la envidia. Pero el valor no le abandonó jamas, ántes al contrario se lo aumentaban al parecer los peligros mismos que se acumulaban en torno suyo. Un incidente imprevisto aceleró su caida.

El duque reinante de Brunswick publicó una proclama para convidar á un gran torneo á todos los nobles Alemanes de distinguida cuna. Martin Waldeck, cubierto de armas magníficas, acompañado de sus dos hermanos y seguido de una numerosa comitiva soberbiamente equipada, tuvo la insolencia de presentarse entre los caballeros reunidos, y de pedir entrar en lid. Mil voces gritáron al oír esto, que no debía tolerarse que un antiguo revol-

vedor de cenizas tomase parte en los juegos de la caballería. Irritado y furioso, Martin sacó la espada é hirió con ella al heraldo que, atendida la reclamacion universal, se oponia á que entrase en el palenque. Cien espadas se desenvaináron á un mismo tiempo para castigar una violencia que se consideraba en aquel tiempo como un crimen tan execrable como el sacrilegio ó el regicidio. Waldeck, despues de haberse defendido como un leon, fué presentado por fin ante los mariscales del torneo, juzgado en el mismo sitio, y condenado, en reparacion del atentado que habia cometido alterando la tranquilidad pública y ultrajando de hecho la sagrada persona de un heraldo, á perder la mano derecha, á ser degradado de los títulos de nobleza de que se le declaraba indigno, y á ser arrojado ignominiosamente de la ciudad. Cuando, despojado de sus armas, hubo sufrido la severa sentencia, fué abandonado al populacho, que siguió á aquella desgraciada víctima de la ambicion con grande gritería, llamandole mágico y opresor, y que, despues de haberle insultado con todo género de injurias, acabó por maltratarle por todos estilos. Su comitiva se habia dispersado huyendo. Sin embargo, sus dos hermanos lograron arrancarle de las manos de la canalla que se gozaba en atormentarle,

cuando despues desaciada la sed de la venganza, le vió sucumbir á los golpes y malos tratos, y caer desmayado por la pérdida de la sangre. La crueldad de sus enemigos fué á pesar de esto bastante ingeniosa para no permitir que le transportasen sino en un carro de carbon semejante al que guiaba él mismo en otro tiempo. Sus hermanos le colocáron en él sobre algunos manojos de paja, desconfiando de poder conducirlo á algun lugar seguro ántes de que la muerte pusiese término á sus males.

Cuando los Waldecks viajando tan miserablemente llegóron á las inmediaciones de su pais natal, descubrióron de lejos, en un desfiladero situado entre dos montañas, alguna persona que avanzaba ácia ellos, y á quien tomáron al principio por un viejo. Pero á medida que se acercaba el desconocido, crecia su estatura, desaparecia la capa de sus hombros, y se convertia su bordon de peregrino en un pino arrancado con sus raices; el demonio agigantado de la selva de Hartz ofrecióse entónces á su vista y los llenó de terror. Cuando pasó por delante del carro donde se hallaba el desgraciado Waldeck, notóse en sus facciones la espresion del mas alto desprecio y de una malignidad satisfecha, y preguntó á Martin: — ¡Eh amigo! ¿como encuentras el fuego que han encendido mis ti-

ziones?..... La presencia de aquel ser horrendo dejó á los dos hermanos inmóviles de miedo, y reanimó por el contrario las fuerzas del moribundo. Incorporóse un poco, cerró la mano que le quedaba, y maldijo con ella al espíritu maligno. El demonio soltó, segun solia hacerlo, una carcajada sardónica, y desapareció, dejando á Waldeck postradísimo por aquel último esfuerzo de la naturaleza desfallecida.

Los hermanos sobresaltados en extremo se dirigieron entónces ácia las torres de un convento que se elevaban en un bosque de pinos que halláron por el camino. Fuéron caritativamente recibidos por un capuchino descalzo y barbudo; Martin no vivió mas que el tiempo necesario para confesar sus pecados, lo que no habia hecho desde que dió principio su repentina prosperidad, y recibió la absolucion de aquel mismo sacerdote á quien habia contribuido á echar á pedradas de la aldea de Morgenbrodt, tres años atras dia por dia. Creyóse que aquellos tres años de una felicidad precaria tenian una relacion misteriosa con el número de caminos que Martin habia hecho á la colina donde brillaba la hoguera sobrenatural.

El cadáver de Martin Waldeck fué enterado en el convento donde espiró, y donde

sus hermanos, despues de haber tomado el hábito de aquella órden, viviéron y muriéron ocupados en obras de caridad. Sus tierras que nadie reclamó permaneciéron incultas, hasta que el emperador tomó posesion de ellas como de un feudo perteneciente á la corona; y las ruinas del castillo á que habia dado su nombre son temidas todavía por los minadores y leñadores que no se atreven á acercarse á ellas, por suponer que sirven de refugio á los espíritus malignos. Asi, pues, Martin Waldeck ofrece en su persona un ejemplo de los males inseparables de una riqueza mal adquirida, y de que se hace mal uso.

